

ACTUALIDADES

ADMINISTRACIÓN:
7.^a Avenida Este, 42 - Apartado 638
PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:
Serie de 10 números: ₡ 1.00, pago adelantado

1916

COLABORACIÓN:
JUAN MARAGALL - CARMEN LIRA - FABIO BAUDRIT
JOSÉ ASTUA AGUILAR - MARIO SANCHO - R. FER-
NANDEZ GUARDIA - F. SOLER - ARMANDO SUE DE
LIS - ADOLFO LEÓN GÓMEZ - LUIS C. LÓPEZ.

Año I - No. 6 **BISEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL** San José, 21 Diciembre
DIEZ CÉNTIMOS = Director, FRANCISCO SOLER, Editor = DIEZ CÉNTIMOS

EDITORIAL

A LOS PIES DEL AMO

—Mi opinión es radical y será conocida por la manifestación del voto que emita en este magno asunto de la reforma del sistema tributario.

Así habló el licenciado Fernández Alvarado, Presidente del Congreso e inevitable candidato de aquel partido de sanos idealismos que hoy ruedan por la tierra con sonido orondo.

Así habló el licenciado Fernández Alvarado y, en verdad, fué conocida su radical opinión en lo que atañe al recargo de contribuciones que en breve se hará al pueblo costarricense, indiferente como una piedra de los caminos, manso cual un buey gastado por la mutilación y por los años.

Pero por esta vez—según se ha comentado y repetido—los ojos no siempre sagaces de la pública opinión, sorprendieron al jefe del grupo que tanto laboró por el triunfo de los principios republicanos que hoy tenemos en práctica, con los hilos de las marionetas que maneja, en las manos; más que nunca nos ha hecho comprender ahora el paciente acechador de los destinos nacionales que guiña los ojos redondos de ave agorera y da plaza a la risa en su boca fingiente, mientras en el tablado guñolesco los muñecos de tosa labradura, laya rígida y además descompasado, tan bien manejados por él, representan un drama donde la víctima resulta ser el pueblo, el miserable pueblo exangüe.

Muy a raíz del acontecimiento preguntamos, y a estas horas los caudillos de la democracia no han roto su silencio, que cómo podía explicarse satisfactoriamente el hecho azas notorio de que los hombres que en política son sangre de la sangre y carne de la carne del señor Fernández Alvarado, tomara el atajo y los viera con serenidad digna de ser sorprendida por bronce que la llevara desafiando los vientos y los siglos a través de la pampa sin horizonte de la inmortalidad.

No hubo una voz, una sola, que se levantara sobre el barullo de la opinión que estaba en gran efervecencia, a responder a nuestra pregunta que envolvía, a semejanza de la capa de un caballero medieval, un acero, una acusación.

Sin embargo los hechos con su elocuencia contundente han venido a despejar aquella incógnita, y como en un amanecer de sol revelador, claro y preciso, pusieron de relieve en su forma real las sombras borrosas que en la oscuridad tenían cierto aspecto de rectitud: el señor Fernández Alvarado fué a visitar al Designado en ejercicio del Poder; y, allí, postrado a los pies del amo, del que ahora es amo sin estirpe, sin gloria y sin valor—su labia estimulada en el ejercicio de la adulación falaz, su labia—pebetero de mal oliente sobre labrado toscamente y lleno de asfixiante pajá en vez de incienso aromático—se desahizó en humo, se resolvió en elogios que seguramente inflaron al laxo mandatario así como esos globos de papel que enriquecen su volumen y van hacia las alturas merced al poco peso de los gases malsanos que los hinchan.

Este cuadro—el señor Fernández Alvarado tendido en actitud sumisa a los pies de don Alfredo González Flores después del gesto que ha poco que tenía el uno frente al otro despierta en nuestra memoria un recuerdo que dormía hace luengos años. Hay dos tiemplos que llaman la atención del viajero en la galería de Pitti, allá en la Florencia apacible donde los gentíos, los héroes y los santos parecen extasiados en la contemplación pertinaz de aquel cielo tenue como una rosa que revienta y vaporosamente cargada de melancólica quietud cual los alardes que admiramos en las telas de Millet. Son dos impresiones revividas en una encrucijada que debemos al pincel de Scari, el pintor de la edad caballeresca de espadas más resplandecientes y capas de más graciosos pliegues. En el primer lienzo aparecen, destacados en la noche clara, dos hombres embozados, cuyos ojos brillan fieros tras los agujeros almendrados del antifaz; tienen el brazo, armado de acero, tendido, en amenaza mortal; y ambos riñen por defender la bolsa y la vida. Mas se ve en el óleo que hace juego al trágico encuentro, cómo a uno de los combatientes se le cae la careta durante la pelea, y el otro abre los brazos amigos, pues ambos eran asaltantes de la misma pandilla. El observador sutil, Tahine, quiere que la confusión de aquellos malhechores se deba al hecho imprudente de que uno de ellos fuese ataviado con las prendas que eran atributo y distintivo de la casta de los grandes señores.

Y como ahora don Máximo Fernández Alvarado ha ido a visitar al Designado en ejercicio del Poder Ejecutivo, con el objeto de felicitarlo por el buen suceso que obtuvieron los proyectos de reforma tributaria; y como antes habían reñido por flacos intereses mone-

tarios y por intereses monetarios tornan a abrazarse, es de suponer que la riña—feroz si bien pasajera—fué por principio una equivocación para ellos bastante lamentable, pues no es difícil que don Alfredo González se engañara creyendo durante un momento que el jefe de los republicanos vestía los hábitos del demócrata y en la tabla que le sirve de escudo sin origen iba a pintar los cuarteles de la libertad en campo de azul.

¡Qué lejos estuvimos de que tal aconteciera! El señor Fernández, hoy como en todos los instantes de su mublada historia pública, no contempla nada que se adiestre del estrecho horizonte de su conveniencia personal. Es verdad—¿cómo negarlo?—que tomó la defensa del contrato Pinto-Greulich, donde se jugó el decoro del Gobierno de Costa Rica desde el momento que se impidió al Designado ejercitar su admirable y diestra facultad de fallar a la palabra empeñada. Pero en aquel negociado mediaron algunos miles de colonos. Prueba evidente de ello es que el jefe de los llamados republicanos extremó la situación hasta lindar en el agravio. Y cuanto desproporcionado existe entre un contrato que va a traer al país riqueza y una reforma que nos pondrá en ruina. Si lo otro no se hubiese realizado dejamos de ganar; con la reforma perderemos. A pesar de todo el señor Fernández Alvarado, cuyo nombre aparecerá en las páginas de la historia patria subrayado con carbón, dióse a la tarea de difamar a sus antiguos compañeros y rompió toda laya de relaciones con ellos porque lo contrariaban en un asunto que comparado con el otro es baladí, y le faltó tiempo para felicitarlos cuando lo burlaron en este que entraña el porvenir del costarricense laborioso, pacífico y resignado.

¡Oh, admirable señor Fernández Alvarado cuyo temperamento se declara en tempestad al soplo de la brisa, y permanece calmo, en bonanza, cuando surge el ciclón!

Pobre fugitivo de la noble tierra de los ideales, gordo y lento como esos tristes y peludos osos que acompañan a los gitanos y danzan cachazudamente, perezosamente, pesados, satisfechos por las monedas que el pueblo arroja para retribuir con largueza un rato de regocijo.

Ninguna sugestión noble anima los movimientos de este andarin de la política, que, a semejanza de los muñecos rellenos con la paja de los trigales, de hombre sólo tiene la figura exterior, la apariencia fugaz.

Hoy lo vemos postrado a las plantas plebeyas del que manda y es que hay seres a quienes la posición vertical les resulta bastante incómoda.

Mañana lo sorprenderemos en postura

idéntica ensalzando a Juan Rafael Arias si es que éste no lo ambiciona todo para sí y le cierra las cajas del Tesoro.

Pero para qué hablar más de ese incorregible que se recomienda solo; lo que aquí pasó es lo mismo que sucede siempre; don Máximo Fernández Alvarado llevó al Congreso arreos de apóstol de la democracia; mal a comedia e finita y vuelve a la calle con su traje solito: el de mercader.

Un militar rebelde

Aquí ya no se sabe a punto fijo quiénes son los que mandan y quiénes los que obedecen. Pues sucede, con más frecuencia de la natural en un desorden como el presente, que todos tratan de mandar y ninguno obedece. Así por ejemplo, el Secretario en el Despacho de Gobernación—o el de Guerra que el punto al fin no se aclara—envía a un periodista a Golfo Dulce, nuestra Siberia ardiente; el Designado declara que él se opone a semejante conducta y el Ministro culpable sigue tan campante en su puesto; y, lo que es realmente triste, la Corte manda que regrese al seno del hogar el atropellado escritor, y el Ministro rebelde, cualquiera que sea, no comunica la orden y el atentado sigue en pie.

El caso es acusador: aquí mandan los Ministros, y boca abajo la Corte de Justicia y el que hace de Presidente de la República.

Pues bien, tampoco esto es efectivo; tampoco mandan los Ministros.

Y allá va un sucedido que respalde nuestro aserto. El martes pasado, con motivo de los disparos que un soldado hizo en la Artillería, pedimos permiso al señor Ministro de la Guerra para penetrar al referido cuartel. El permiso se nos concedió juntamente con el que se libró a favor de un repórter de *La Información*. Bien, pues, el Comandante de la Artillería negóse a respetar la orden del Señor Ministro; nos negó la entrada suponemos que por simple antipatía personal, pues para despertar miedo éramos muy pocos y desarmados, ¡oh, héroes de la República!

Por lo antes apuntado decíamos que aquí ya nadie obedece, aunque todos mandan: el Designado manda, pero los Ministros se hacen los suecos; los Ministros mandan, pero el Designado los desautoriza y los subalternos permanecen más sordos que una tapia.

Pero no hay que alarmarse, las instituciones siguen en su puesto... la desobediencia es cosa de los funcionarios, nada más.

A todo señor, todo regalo...

No se puede negar que la familia del señor Designado en Ejercicio de los eventuales de Policía Judicial y otras carteras, ha extendido la conocida máxima y convertíola en lema para todos sus actos: el patriotismo entra por casa.

Entre los varios cientos de miles de colones invertidos en el ornato y halajamiento de la ciudad de Heredia, en estos momentos de angustias y apremio, puede contarse la cantidad destinada a un kiosco que se levantará en aquel gracioso y bien cuidado parque.

Pero si ya existe uno, puede refutársenos. Nada importa.

El rasta cuerismo de los González Flores—

que cuesta al país algo más de los cincuenta y cuatro mil colones al año de sueldos conocidos; según las cuentas de don Máximo Fernández Alvarado—los obliga a mandar que fabriquen uno frente a la casa que ellos habitan.

Así podrán regalarse los oídos con la música cercana. Entre las gentes entendidas la música se oye a la distancia; todos los peritos en la Scala de Milán asisten a la galería.

Más en eso, cabalmente, está la diferencia, entre el rastaquero y el exquisito.

El exquisito prefiere los colores pálidos, los aromas casi imperceptibles, los sonidos ténues; gestula poco y viste de oscuro.

El rasta, en cambio, viste de claro—aunque no siempre llega al extremo de asistir a fiestas con tal forro—deja de oír el minuetto de Beethoven y se deleita con la machicha, los ruidos le producen deleite; acaso desprecia la esencia casi inapreciable de un pomo de *Apré l'onde*, por echarse encima un frasco de *Divinia ó Mi nena*, cuestión de pulimento, únicamente.

No hay que protestar, pues, porque el señor González Flores y sus familiares traten solazarse de cerca con la música.

¡A todo señor, todo regalo y comodidad!

Elefantes blancos

—Aquí no ha pasado nada.

Eso respondían todos los allegados al Ejecutivo que rodeaban el Cuartel de Artillería una hora después de haberse calmado el tiroteo.

—Aquí no ha pasado nada.

Ni tanto, ni tampoco; ni fracaso de rebelión como pretenden los alarmistas, ni fue tan baladí el incidente que no sea digno de algunas observaciones oportunas.

Aseguran que cuando el soldado loco—sí lo es—que tuvo a raya aquel cuartel por más de veinte minutos—empezó a disparar, los otros soldados huían pavoridos, desesperados, buscando refugio en todos los rincones. Mucho trabajo costó a uno de los jefes que no tardó en recobrar la serenidad, rehacer el orden y es rumor que ya acabado el tiroteo, aún había allí dentro hombres que titiritaban.

Ahora nos ponemos nosotros a pensar: si un sólo hombre conmueve y hace empalidecer un cuartel ¿qué sucedería si se viesén obligados a defender sus muros? ¡*La debacle!* Pero no importa, tenemos la suficiente ración de cuartel para que el denueo de los adversarios del Gobierno no tome una decisión.

Aunque tampoco la tomarían de otra guisa. El soldado que declararon loco ha venido a robustecer la idea de que en Costa Rica los cuarteles de armas sobran, son elefantes blancos, que cuestan muchos millares al pueblo, millares que bien se podrían emplear ahora—no en facilitar granos y legumbres a precios racionales, por ejemplo, no—sino en el ornato de la ciudad de Heredia.

Los señores mandatarios pueden seguir atropellando el derecho de los ciudadanos tranquilamente, confiados en la fuerza de sus armas.

NUEVOS ABOGADOS

A principios del año que viene, recibirán el título de abogado los señores:

Ricardo Fournier, Juvenal Fonseca, José Cordero, Víctor M. Monge, Roberto Figueroa, Gerardo Zúñiga y G. Araya Dávila

Que sean honra de nuestro Foro, estos jóvenes, es nuestro deseo; y así será.

Diciembre y los escaparates

En este mes del año, nuestra Avenida Central toma sus aires de calle europea, así al menos lo imagino yo, lo cual no es mucho imaginar después que otros fantásticos han dicho que San José es un París chiquito.

Cuesta verdadero trabajo caminar entre el hormigueo humano que va y viene—bien que las aceras son muy angostas—y quien no está acostumbrado a mucho movimiento, se siente un poco desorientado en aquel ambiente iluminado por multitud de focos eléctricos, lleno de voces, de risas, de ruido de tranvías y autos y aquel codearse y empujarse que acostumbramos los humanos para abrirnos paso.

Los dueños de tiendas—y esto es lo más lógico—ponen sus más deslumbrantes mercaderías como trampa en que caerá indefectiblemente la coquetería femenina arrastrando tras sí la seriedad masculina, que la sigue con el gesto resignado y la mano en su portamonedas.

Y los escaparates de Ortiz son sin duda lo más tentador de esta vía. Ante ellos se da uno a pensar que sus dueños han ido a buscar en las profundidades del mar y de la noche y han hecho un viaje al Oriente fabuloso de Harun-Al-Raschid: sobre fondos de terciopelo y entre el brillo de las luces, sargas de perlas que recuerdan versos amorosos hechos con palabras melancólicas; corales que sueñan con el contorno suave de una blanca garganta femenina. Con plata de la luna llena están hechas las vajillas labradas primorosamente y con la plata delicada de la luna nueva esos encantadores bibelots destinados a vivir en la intimidad de mujeres ricas y bellas.

¿Acaso Enrique hizo llorar a la ardiente Aldebarán y son sus lágrimas de fuego las que adornan los anillos y alfileres que llevarán novias felices? ¿Cuál de ellos hirió a Sirio para que sus gotas de sangre azul sirvieran de marco al medallón en que las enamoradas guardarán alguna memoria querida?

De la Estrella del Niño que pone su diluzura sobre los crepúsculos de las tardes de verano, trajeron el juego de baccarat en el que la luz retoza y entona melodías que estallan en iris.

Ceniceros de onix; joyeros en cuya tapa de plata oscura está grabado algún cuadro de Boucher, miniaturas de marfil en las que manos artísticas y pacientes esculpiron ya una Purísima, ya un Amorcillo desnudo. Y entre la risa de los brillantes y esta sinfonía de oro, plata y cristal, el grave encanto de los vasos de bronce de curvas esbeltas. Este año no se ven allí las terracotas graciosas y finas que venían de Francia e Italia y su ausencia pone triste nuestro corazón.

A mí me pasa con estas cosas que brillan y hacen fiesta y contento de los ojos, lo que a aquel pobre del cuento de Cautelle Mendes que mojaba el pañuelo en gotas de ilusión para aspirarlas con voluptuoso deleite.

A pesar del frío, en diciembre podemos encontrar regocijos para el alma.

CARMEN LIRA

¡KUMBO!

Palabras dichas

(Préambulo a la conferencia sobre Cartago que leyó el autor en Managua.)

Dedico este trabajo como un homenaje a «la noble y leal ciudad de Cartago», cuyos infortunios lamentables y cuyos altos destinos algo y seguiré siempre lleno de amoroso interés.

Hubiera querido poner en él toda la suave delectación con que se recuerda desde el exilio de las patrias lontananzas, y evocar la atmósfera de dignidad y de trabajo en que vivieron mis mayores.

A ellos también dedico estas líneas, escritas con el pensamiento puesto en sus austeras acciones, en su ánimo sereno y valeroso para resistir las batallas del mundo, en la sencillez de sus costumbres, en la pureza de sus sentimientos, en una palabra, en todas aquellas cosas que ennoblecieron su existencia y dignifican todavía su recuerdo.

Ojalá pudieran sus almas ver desde la eternidad donde descansan, la unión reverenciosa con que hago memoria de las virtudes que las llevaron hasta Dios, y bajo cuya regla habría querido arreglar siempre mi conducta. Desgraciadamente, como viajero novicio, no he podido medos que equivocar algunas veces el buen camino. No obstante puedo decir, sin faltar a lo cierto, que jamás me he dejado llevar en tales ocasiones de la sutil malignidad ni del egoísmo sórdido. Más qué sabe de esto la justicia de los hombres! ¡Qué pueden ver los jueces, instruidos por odios ajenos cuando no por malquerencias

propias, dentro de mi pecho, en que el Dolor y la desgracia hicieron su posada! Hay circunstancias que escapan a los artículos de un código, y hay razones del corazón que como decía el gran filósofo jansenista no comprende la razón misma.

No trató de parecer bueno. Ya estoy acostumbrado a oír inculpaciones aún de los que propiciaban las ideas que me indujeron a error. Puede, pues, seguir la calumnia, si quiere, saeteando mi nombre. Quien tuvo valor para sobrevivir a la ruina de su amor y de su dicha, tendrá fuerza bastante para desafiar estoicamente sólo y tranquilo, sólo entre tantos espíritus egoístas, tranquilo sobre la tierra cruel, los agravios enemigos.

Ahora sólo quiero invocar delante de mis viejos progenitores muertos, para defensa mía, la frase con que disculpó sus yerros un célebre personaje de Bourget: «tengo la seguridad de que mi vida vale menos que mi persona».

«Oh Cartago, único refugio en la hora de la desesperanza, recibe esta sencilla ofrenda de un hijo tuyo, que igual a ti en el sino infortunado, ha sufrido grandes catástrofes, y trata de levantarse de sus dolorosas caídas y de sus tristes postraciones!»

MARIO SANCHO

Espulgando a Kumbo

Don Juan Kumbo es uno de los más notables imitadores de Prégoli y de Panza Verde. Tan pronto se nos aparece bajo el aspecto de desfacador de haciendas, como de legislador, de consejero, de fabricante de llantas angostas, de autor de folletos, de artículos de periódicos, de factótum del Castillo Azul, de detective, de escamoteador de músicos de la banda, o llevando palos en la esquina del Banco Mercantil. Este súbdito del Kaiser es un verdadero estuche. Colabora en todos los periódicos y lo que hoy escribe en uno con la mascarilla de *Demafilo*, lo comenta mañana en otro con la de *Censorino*. Don Juan ordea con primor las partidas de gastos eventuales, pero hay que confesar que hace lo posible por corresponder debidamente a la generosidad del Gobierno.

A todas sus habilidades don Juan añade la de ser un lince. Últimamente ha descubierto el discurso de don Cleto *no es un discurso*. Según él, es una bomba (y qué bomba!) «No es una impugnación a los proyectos de ley presentados al Congreso por el Poder Ejecutivo: es una catilinaria (y qué catilinaria!) contra el Jefe de la Administración (quién será él?), responsable, como todo reformador, de sus actos de rebelión (esto sí que es verdad) contra la rutina.» Y nosotros añadimos: responsable también de sus actos de rebelión contra las leyes de la República.

Agrega don Juan que ese discurso «es el rechinar de dientes de una oposición impotente (ante la imposición), agrupación heterogénea de vencidos (en virtud de la violación de la libertad del sufragio) que, no pudiendo hacer otra cosa (eso ya lo veremos), gritan (verdades como templos): es el murmullo (murmullo de trueno) de descontento de los fracasados, envueltos en el manto de legisladores (lo mismo que don Juan): fué en el Congreso... la vocinglería precursora de ciertas hojitas chocaneras (como la prosa kumbesca, que suelen circular en las calles de San José (donde no las puede interceptar el correo), bajo la responsabilidad de algunos apóstoles infantiles (que tienen el

valor de sus actos), reñidos, más que con el Gobierno (que es una calamidad), con las enseñanzas de Carreño (no te digas!»

En cambio *El Imparcial*, donde suele desaguarse más amenudo nuestro gran Kumbo, se publica, a vista y paciencia de don Narciso Blanco, sin responsabilidad de alma nacida. Es un periódico anónimo de cabo a rabo, desde el título hasta el pie de imprenta de que también carece. *El Imparcial* es una picota donde ninguno pone su nombre por poco que valga.

Los anales de la Corte

A nuestra mesa de redacción han llegado *Los Anales de la Corte de Justicia Centroamericana*. Nunca como ahora ha sido interesante este folleto que dice al mundo el grado de civilización que en cierto modo hemos alcanzado los salvajes habitantes del Istmo. Trae la documentación completa del litigio librado entre los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica y gran acopio de datos que acreditan la enérgica intervención de la república de El Salvador.

Desgraciadamente el año próximo no podremos dar al mundo una prueba de cultura semejante a la que envuelve este pequeño y expresivo folleto.

Nicaragua no lo quiere.

Acaso sea que Nicaragua no se encuentra suficientemente preparada como para someterse a las decisiones de un tribunal de arbitraje.

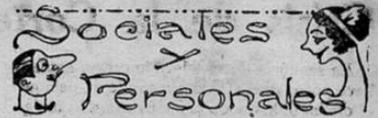
No hay que rebelarse; este es asunto de intima cultura y a Nicaragua jamás le hemos pedido demasiado en tal sentido.

Algún día, si es que se libra de la tutela yanqui, puede ser que llegue a comprender aquel pueblo vecino los beneficios que trae el progreso.

Pero, para nuestra desdicha, aún falta mucho tiempo, mucho.

Suscríbase a COLECCION EOS

Imprenta y Librería Falcó & Borrás



BIENVENIDA

Al hogar de don Ernesto Ortiz llegó una encantadora chiquilla.

Que sea muy feliz en la vida.

NUESTRO SALUDO

Ayer regresó de los Estados Unidos doña Mirtala de Castro Ramírez, esposa del señor Magistrado de El Salvador en la Corte de Justicia Centroamericana.

Multitud de amistades la festejaron dando muestras de alegría, como es natural, porque ya está entre nosotros la señora de Castro Ramírez.

Reciba nuestro saludo muy respetuoso la honorable dama.

La renuncia no llegará

Alguna vez se le dijo a don Manuel Diéguez que devengaba del Tesoro Nacional una pequeña suma.

El señor Diéguez se indignó y nos hizo saber que renunciaba a los beneficios que pudiera reportarle la elaboración de un Código de Minerías que a la sazón traía entre manos.

En eso se portó el señor Diéguez como debía, pues el tal Código de Minerías es un pretexto para proteger abogados extranjeros. Ya el señor Rivas Vázquez había elaborado uno que no fué siquiera al Congreso.

Queremos creer, y dicho sea en honor a la verdad, que dadas las dotes del señor Diéguez su trabajo no debió parecerse al otro.

Sea como fuere es lo cierto que el señor Diéguez renunció a proseguir el trabajo de codificación que se le encargara.

Y ahora, por más que se ha dado cuenta de que nos perjudica, no ya en cuatrocientos colones mensuales, sino con sus consejos torcidos y mal sanos, no renuncia.

Es raro que ese señor, hombre de tanto talento, no comprenda que compromete al Gobierno ante la Cancillería Guatemalteca con su acercamiento a la Casa Presidencial.

Ya estamos mal porque el Designado escribió imprudentemente en cierta ocasión una carta denigrando al Gobierno de Guatemala que llegó a poder del Presidente de aquella República.

Afortunadamente por allá saben que nuestro Designado nada representa en la opinión costarricense y nos perdonarán esa cuenta.

Pero volviendo al señor Diéguez hemos de decir que, dado que no es posible suponer incompetencia en él, paga con moneda de in gratitud la hospitalidad que le ha brindado este pueblo; de otra manera no comprometería nuestras relaciones exteriores como lo está haciendo.

Sin embargo el Gobierno no debe alarmarse: el señor Diéguez no renuncia.

Para las damas

EOS que se preocupa por todos los intereses humanos, en el número 19 nos brinda una carta del ilustre escritor Mariano Ospina que trata la felicidad en el matrimonio, haciendo gala de conceptos verdaderamente hermosos y útiles a la vez.

Las damas deben leerla.

Crisis de la Corte Centroamericana

La renuncia de su elevado cargo, enviada hace pocos días al Congreso de su país por el distinguido abogado y muy querido amigo nuestro, el doctor don Daniel Gutiérrez Navas, Magistrado por Nicaragua en la Corte de Justicia Centroamericana; renuncia que será aceptada según parece, tiende a determinar la idea desalentadora de que va a ser desintegrado de modo definitivo e incurable el Tribunal instituido en 1907 por obra de la conferencia celebrada en Washington, a virtud de invitación del Gobierno de la Gran República del Norte,

para que bajo el techo de su Departamento de Estado y con su ayuda (1),

según las muy expresivas frases del Excmo. señor Ministro Adec, los Representantes de Centro América establecieran las bases perdurables de la paz entre los cinco pueblos del Istmo.

Se supone que tal es la voluntad del partido triunfante en la Tierra de los Lagos, movida por impulsos cuyo origen no está en las altas cimas de la mentalidad centroamericana, muchas de las cuales se yerguen allá y se destacan distintamente, entre el nublado de hoy, donde vibra el amor al hogar común y resplandecen las emulaciones puras y viriles del progreso económico e institucional, la conciencia y el orgullo de la patria soberanía y el culto al Derecho, bases de nuestra existencia y de la evolución de que somos capaces, si no en bajas esferas, propias tan solo para la germinación de lo malsano, saturadas de cesarismo demente, en cuya atmósfera deletérea vive aun, como el germen patógeno en los detritus del subsuelo, el genio malfónico de los Ugolinos y Ravagases que a mediados del siglo pasado entregaron la tierra de Jerez a una falange de bucaneros.

Rumórase que el Gobierno de la vecina República irritado por el justiciero y luminoso fallo que se pronunciara en la demanda promovida por Costa Rica en resguardo de sus derechos afectados por el tratado Bryan-Chamorro, y con temor de salir también perdiendo en el juicio pendiente, iniciado por la República de El Salvador, no nombrará Magistrado propietario en sustitución del renunciante, ni enviará tampoco el suplente respectivo para llenar la plaza vacante; y se llega hasta asegurar que, prescindiendo de todo escrúpulo, muy en breve denunciará el Tratado Constitutivo de la Corte, no obstante el texto de su cláusula XXVII que dice al respecto:

Las altas partes contratantes declaran que por ningún motivo, ni en caso alguno darán por caducada la presente convención y que, en consecuencia, la considerarán siempre vigente durante el término de diez años contados desde la última ratificación.

Creyentes, como somos, en las energías constructivas del progreso humano y en la estabilidad de sus creaciones, cuando responden a una necesidad fundamental, no nos hemos dejado invadir por el pesimismo de esos decires: Centro América no ha celebrado su Conferencia de Paz de Washington para que la desvirtúe cualquier veleidad; la Corte no ha brillado en el cielo del Istmo y ha echado raíces en la conciencia de sus hombres para que la derribe el primer mal aconsejado despecho; la obra de nuestra regeneración internacional no puede ser alcanzada y reducida a polvo por la exaltación pa-

sajera de turbulentas inquinas; la civilización no puede admitir esos mortales retrocesos que son como saltos hacia el fango o el abismo traspuesto. No creemos con Cimbali que la historia de la humanidad sea sólo un tejido de engaños; es también la crónica de la verdad y el proceso del bien. No creemos tampoco con Jorge M. Bread que toda nuestra cultura es un error, que cada milla de progreso en el dominio de las ideas traiga ya un conflicto sin tregua: hay conquistas que se imponen definitivamente, y si es cierto que vivimos en interminable lucha, ello se debe a que hemos de caminar sobre un incansante parto de las cosas y de los hombres que el dolor y la borrasca preceden o acompañan; pero el uno es el alicate del trabajo y la otra la revelación grandiosa de energías que buscan cuerpo. El dolor es un grito en demanda de una vida que quiere defenderse de la muerte; la tempestad es energía, es libertad en demanda de una forma, de una encarnación.

El Tribunal fué creado para garantizar la paz con tanta frecuencia alterada hasta entonces en choques inmotivados y sangrientos que iban abatiéndonos y arruinando nuestra vitalidad; y en efecto, a partir de su instalación no se registra un solo caso de conflicto entre los pueblos hermanos; fué concertado, además, para constituir un nexo fuerte que, andando el tiempo, les condujere sin violencia sobre un terreno fecundado y cultivado por hábitos de fraternidad no verbal, sino efectiva en un ambiente de justicia, a la reconstrucción de su unidad política, y en efecto desde 1907 se ha producido un acercamiento de intereses y de personas no conocidas antes a contar de la ruptura de la Federación. Con él hemos conseguido prestigio en el mundo —estamos limpiándonos de la mancha que sobre las naciones de Centro América habían puesto audaces difamaciones, interesadas en mostrarnos como grupos degenerados de politiqueros y malhechores, para justificar mentirosamente, intervenciones vedadas por el Derecho de Gentes y que sólo son un cobarde abuso de la fuerza inmensa contra la extrema debilidad.

Con él hemos mostrado que somos capaces de las más grandes realizaciones del mejoramiento humano puesto que podemos dar forma y vida, adelantándonos a las demás naciones, al ideal del arbitraje obligatorio e irrestricto que abatió sus alas en las conferencias de La Haya.

¿Y va a caerse eso ahora? ¿Va a arruinarse por culpa del Gobierno de Nicaragua esa obra de la sensatez y del patriotismo de todos puestos en acción en un momento venturoso y memorable?

No. Eso no puede suceder. Porque sería monstruoso. Porque sería suicida.

Tenemos fe en aquel pueblo hermano, tan celoso de su honor y de su gloria; tenemos fe también en el criterio ilustrado y la buena y recta voluntad de muchos de los hombres de Estado que en el nuevo período van a regir los destinos del pueblo de Nicaragua. Pero si llegara a quebrantarse, esa esperanza, si se desvaneciera, nos quedaría todavía una base granítica para aseverarla: la limpia reputación del Gobierno de los Estados Unidos de América, que tutela la administración nicaragüense y a quien por lo mismo sería atribuida, seguramente, cualquier medida u omisión encaminada a disolver la Corte Cen-

troamericana, porque en el hecho de tomar la participación que tuvo en los tratados de 1907, primero promoviendo la conferencia y luego colaborando en sus deliberaciones y mostrando su frente al mundo como un resultado de sus esfuerzos civilizadores en el Continente Occidental, contrajo el deber de respetarla y aun el de mirar por su conservación.

El muy ilustre Mr. Elihu Root, Secretario de Estado, cerró las sesiones de aquella conferencia con un discurso de intenso pensamiento en que expresó su adhesión a la obra en ella cumplida del cual tomamos los siguientes conceptos dirigidos a los Delegados:

«Habéis seguido la verdadera senda que conduce a la implantación de la ley, el orden, la paz y la justicia, en lugar del dominio del fuerte sobre el débil y habéis llegado a conclusiones que juzgo sabias y a propósito para impulsar a todas y a cada una de las Repúblicas de la América Central, hacia la realización en lo futuro de una República Centro-Americana grande, fuerte y feliz. Que el pobre labrador que cultiva los campos de vuestras cinco Repúblicas; que el minero que consume su cansada vida en el laboreo de vuestras minas; que las madres que hoy cuidan de esos niños que mañana serán los hombres del pueblo centroamericano; que los millones de seres cuya felicidad y prosperidad habéis tratado de asegurar aquí; que las generaciones futuras de vuestras amadas patrias, vuelvan con orgullo su mirada hacia este día para bendeciros por la abnegada consagración y prudencia con que habéis trabajado por servir sus intereses, asegurándoles paz y prosperidad.

En la expresión de estos deseos me acompañan los de la masa entera de mis compatriotas, y haciendo estos votos, declaro terminada la Conferencia de la Paz de las Repúblicas de la América Central, que se ha celebrado en la ciudad de Washington, en este año de mil novecientos siete.»

En la visita que para despedirse hicieron al Excelentísimo señor Presidente Roosevelt los Delegados Centroamericanos en compañía de los honorables Representantes de los Estados Unidos de América y de México, dicho alto Primer Magistrado, dirigiéndose al fiór Buchanan le dijo: «No cree usted Mr. Buchanan que la Conferencia de La Haya debería inclinarse ante la Conferencia de Washington.»

Las convicciones y las palabras de los Excelentísimos señores Roosevelt y Root fueron vanas y se las ha llevado el viento de estos ocho últimos años? No debe suponerse eso. Los grandes hombres de los Estados Unidos no fingen afecto, ni hacen farsa con las palabras; el pueblo americano no habla nunca para engañar o para vacilar después.

Y esa será nuestra fe, si llegara y desvanecerse la que tenemos puesta en la Nación nicaragüense y en el patriotismo de sus hombres de Estado.

JOSÉ ASTÚA AGUILAR

Canción burguesa

Procura, mientras muere la mies en la cizaña, flexible cual felino que avlora el ratón, medir el salto... Y luego... que gire la caña de la vida—No hay fuerza contra la tradición.

Flota como la espuma, zurce tu telaraña y sé tan multiforme como un líquido. Con la improbable paciencia del pescador de caña, subirás poco a poco de escalón a escalón.

Después, atiborrado de honores y dinero, gasta gorro y pantuflas cabe la bimbre. Pero, para hacer estas cosas, sujétate a la ley

de todas las divinas y humanas tonterías, sin asomo de pena, sin torpes rebeldías, fingiendo la indulgente pasividad del buey.

LUIS C. LÓPEZ

(1) Acta preliminar de 11 de noviembre de 1907.

NOCHEBUENA

Navidad es la fiesta del invierno y de la noche. Su nombre evoca en seguida una visión de tinieblas salpicadas de nieve y de fogatas de pastores; y allá lejos, muy lejos, una cueva misteriosamente iluminada, el Niño blanco y desnudo sobre las pajas, calentado por el aliento del buey y de la mula, la Virgen Madre con manto azul junto al Niño y contemplándolo, San José apoyándose en la florida vara a la entrada de la cueva, y ante ella y camino de ella Reyes y pastores guiados por estrellas y por ángeles que cantan y se posan sobre el maravilloso recinto.

Tal visión nos aparece quizás disparatada en cada uno de los detalles, y sin embargo ¡de cuán intensa verdad es el conjunto! Tal vez vemos al Niño Dios con radiante aureola de estaño sujeta por detrás de la cabeza; tal vez el rostro de la Virgen no tiene expresión personal ni movimiento y es como de piedra, y su manto de ese raro azul convencional bordado de oro que miramos en los altares; tal vez en la figuración de los Reyes y los pastores cometemos graves anacronismos, y vemos a los ángeles formando un todo con la nube de yeso pintado que figura llevarles, y en sus manos la tira de papel con el GLORIA IN EXCELSIS DEO en caracteres de imprenta... ¡PERO qué importa! El conjunto nos hace entrar en posesión de verdades fundamentales y fecundísimas, que no son para contempladas simple y friamente por la inteligencia como las verdades adquiridas científicamente, sino otro género de verdades que nos penetran íntimamente, nos conmueven y transforman, porque son abrazadas por una vista interior que supera a la razón y a los sentidos... la indecible vista de la fe. Ella no sólo da realidad y unidad a los objetos exteriores, sino que nos descubre el sentido oculto de realidades pertenecientes a un orden de cosas superior, que forman la esencia de la vida humana sobrenatural y son la clave de los grandes acontecimientos de la historia.

Si en renunciar a ella nos empeñamos, mutilándonos inhumanamente; si queremos imaginar lo que pudierón ser, en realidad palpable, las bandadas de ángeles en aquella noche; si a fuerza de estudio en los tipos actuales de las hijas de Galilea queremos formarnos una idea aproximada de la verdadera fisonomía de la Madre de Jesús, y a fuerza de investigaciones arqueológicas averiguar el traje que debió llevar puesto, y el de los pastores y Reyes Magos; si llegamos a saber tanta historia que podamos reconstituir un plano de Belén y de sus alrededores con la posición exacta del portal o de la cueva en la Noche del Nacimiento, e indagando minuciosamente las costumbres y manera de vivir de aquellos tiempos creemos haber resucitado el hecho en su actualidad, en su necesaria limitación positiva... ¿qué veremos entonces? Nada, o lo que es menos que nada, una cosa insignificante.

Y en cambio, un niño con sus grandes ojos imaginativos se pone frente al belén que él mismo ha perfeñado con pedazos de corcho, musgo, anacrónicas casas de cartón y desproporcionadas figuras de barro mal pintado... y aquel niño *lo ve todo*: ve lo que los historiadores y arqueólogos son incapaces de hacernos ver: ve la Noche de Navidad en su única realidad y en toda su divina poesía; y al aproximar fervorosamente a sus labios aquel pedacito de yeso que para él es el Niño Dios, lo adora en verdad y siente lo divino como nunca podrá adorarlo ni sentirlo el filósofo a secas contemplando todas las maravillas de la naturaleza y del arte, ni descendiendo a los más profundos rincones del espíritu.

El discurso monumental de Brenes Mesén

Mucho han hablado los periódicos del discurso de Brenes Mesén, interpretándolo como un cachetazo contra la falta de palabra de nuestro paisano; al grado que hoy aquí y allá debe haber gentes extrañadas de que aún no le hayan aplicado al arrogante Director de la Normal uno de los tres sistemas consagrados por el uso que él mismo elevó a la categoría de principios administrativos cuando, siendo lo que es hoy don Luis Felipe González, tuvo que habérselas con la pobretería magisterial, entonces tan incauta como lo fué ahora don Roberto, pues se permitía sustentar opiniones adver-

¡Ay de aquel que en estas cosas no sienta siempre en sí algo de niño! ¡Ay de aquel para quien la Nochebuena haya llegado a ser una noche como las demás, y no perciba el aroma que esa gran flor del invierno despide todavía hasta nosotros al través de tantos siglos!

Pocos serán los que no lo sientan. Pues aunque hay muchas maneras de celebrar la Nochebuena, y algunas no muy adecuadas, en todas ellas flota algo del sentimiento de la festividad. Un sentimiento de alegría infantil, de intempestiva risa de niño que se alegra en la noche en vez de dormir, de desusado movimiento y algazara que contrasta con las horas de las tinieblas y del reposo.

La Misa del Gallo es la condensación de este sentimiento. A la hora del retiro y del sueño dispónese a salir alegremente al aire frío de la noche, penetrado de un suave misterio; ver abrirse ante nosotros tan desusadamente a aquella hora las puertas del templo, maravillosamente llenas de luces y de cantos; y al pie del altar los blancos sacerdotes celebrando misa, como por las mañanas, ante un niño que sonríe entre los cirios encendidos y el incienso... Y el coro, los cantos litúrgicos inocentemente mezclados con cantos populares de esos que evocan el balanceo de una cuna mecida por una madre que canta... que evocan el recuerdo de nuestras madres cuando eran jóvenes y cuando cantaban...; y, acompañando aquellos cantos, rústicos instrumentos y remedos del matutino gorjeo de las aves... Después ver alzarse la cándida Hostia... ¡la Hostia en alto a media noche!

Nuestro sentido se turba entonces en un deleitoso desorientarse, en un deleitoso no saber si es de noche o es de día, como habiéndose extraviado en regiones que están fuera de los días y las noches y de las leyes terrenales del tiempo y de la luz....

Inefable es esta impresión de la Noche de Navidad, y tan arraigada está en todas las fibras de nuestro ser por la herencia de tantísimas generaciones, que a buen seguro que si cualquiera de nosotros se hallara por acaso alejado largos meses de toda comunicación con cristianos y con calendarios, de manera que perdiese toda noción del curso de nuestras festividades, al llegar ésta imprevistamente, sentiría dentro de sí una vibración intensa y misteriosa que en un gran grito de alegría le dijera: «¡Esta noche es Nochebuena!»

Deleitémonos, pues, en la Nochebuena como niños o como pastores; dejémosnos penetrar del inefable encanto que viene suspendido en las frías ondas de su atmósfera; bañemos en ella nuestra alma para restaurar la inocencia y la frescura de nuestros sentimientos.

Y si a pesar de todo sentimos nuestro espíritu demasiado fatigado y nuestra boca demasiado marchita para poder sonreír al igual de los pastores y los niños, también nuestro pensamiento de hombres de un siglo atormentado puede encontrar su éxtasis en la contemplación del hermoso símbolo de esta noche maravillosa. En medio del invierno de la noche fué anunciada la Buena Nueva a todos los hombres: la luz surgió del seno mismo de las tinieblas. ¡Por qué, pues, entristecemos en la estación desnuda de nuestro espíritu y desesperarnos en las tinieblas? No. ¡Quién sabe si en el fondo de la tierra helada se prepara ya el primer estremecimiento de la primavera! ¡quién sabe si del fondo de la noche oscura va a brotar el primer rayo del nuevo día....!

JUAN MARAGALL

tanto por lo que dice a los pantalones de don Alfredo, cuanto respecto a la dignidad de sus coterráneos, que como Sancho, no somos gente que se deje manosear el rostro.

El discurso del Director del flamante colegio tuvo dos partes bien determinadas: una consistió en escarceos y remolinos sobre tópicos adecuados a la mentalidad y moralidad de los niños y en recomendaciones que por mucho que dolieran al otro, el maestro las tenía que hacer; y en esta parte fué donde figuró aquello que mete tamaño ruido, aún cuando es vulgarísimo y viejo el proverbio que hace valer al hombre por el cuerno y al buey por la palabra.

La otra parte se la dedicó entera a don Alfredo; y ciertamente en ella consistió la rectificación y satisfacción que muy merecidamente le debía, con la cual además aseguraba el maíz del año. Conviene que el público lo sepa a fin de rectificar prejuicios insolentes como ese que se va formando al rodeo de las bragas de Pelico, únicas del Gobierno que tienen la pública virtud de ser irascibles y ocasionadas a estrujar con severa realidad los desmanes y desbocaduras de la opinión.

Sabemos que no es don Roberto hombre de devorar carne cruda; y por muy mal diplomático que lo haya acreditado su éxodo washingtoniano tampoco ha desuponer nadie que se mame el dedo o que no sepa donde le aprieta el zapato. Los que aquí solemos pasar por la mansión González Flores sabemos de sobra que don Roberto tiene un catre dorado con puerta al comedor y vistas a la calle donde a menudo reposa oipapas traqueadas científicas que son diario alimento de la culta familia presidencial y en que refuerza en plácida siesta la poderosa digestión de sus vastos conocimientos; y nadie por ingrato que sea, se pone en pugna con sus materiales o especulativos intereses.

Si la primera parte tuvo el remedo de una rebeldía en las propias barbas presidenciales, la segunda fué una cepillada en regla. No es el caso de entrar en detalles que harían perder al público el hilo de la rectificación y amenguarían el nervio de aquel discurso por demás conceptuoso; bastará hacer saber a los que tachan de flojedad, de excesiva complacencia, de poca comprensión, o de negada obtusidad a nuestro mandatario, que durante la exposición de esta segunda tirada de elocuencia, le volvieron los colores, regresó la sonrisa, los dientes demostraron de nuevo su virginal largueza, y un aire de beatitud airosa, respaldante, señorial, invadió al señor González, mientras el orador iba esbozando primero, y señalando después las cualidades que debe tener (y felizmente reúne el nuestro) un Jefe de Estado: cuando don Roberto vibrante y embebecido en su apoteosis como un Papa alzando en su Capilla hizo la declaración final, no digo don Alfredo, ninguno de la familia cabía en sí mismo:—es un genio agobiado, un mártir de la idea, un benefactor de la Patria y de las futuras y nuevas generaciones, a quien a la postre llegarán a comprender sus conciudadanos por los frutos de sus sacrificios, y entonces los que hoy combaten inconscientes sus proyectos de vastísima concepción, volverán solícitos, vencidos por el esplendor del genio, a rendir vasallaje a su inteligencia y a su desinterés.

Después de expresarse así, don Roberto, ¿no es verdad? está asegurado. En igual sentido don Alfredo ha traspuesto, de la mano mágica de ese visionario, los umbrales de la gloria. Váyase lo uno, por lo otro.

ROBERTÓFILO

EL REGALO DE NAVIDAD

Era un infeliz loco. Hacía años que arrastraba en el asilo su vida de dolor y miserias. Había envejecido allí el pobre Juan.

Aún recordaban los antiguos celadores el día del ingreso de aquel desgraciado en el asilo. Fué en una espléndida mañana de diciembre, en que la naturaleza entera reía, y sólo él lloraba; mas no con los ojos, sino con su aspecto de tristeza infinita en medio de la espantosa furia de su locura.

Mientras no le acometía el acceso de rabia, hablaba incesantemente con incoherentes y melancólicas frases del árbol de Navidad, de la alegre fiesta de la familia, de un altarico en donde, al pie del Niño Dios, había varios zapatitos colocados por manos infantiles, con la dulce esperanza de encontrar, al amanecer del otro día, un regalo enviado por el Niño Dios a sus amigos los niños.

Era una historia muy triste: el pobre hombre había sido casado, y tuvo dos niños que fueron su idolatría y llenaron su vida. Con su humilde sueldo de empleado inferior, apenas sostenía su obscuro hogar en donde, sin embargo, reinaban la paz y la alegría, porque sus moradores eran buenos y se amaban tiernamente.

Cuando se acercaba diciembre, Juan ahorrraba cuanto podía, trabajaba sin descanso hasta avanzadas horas de la noche, y se quitaba el pan de la boca, para ver de juntar algunos pesos con qué proporcionar a su esposa y a sus hijos alguna distracción en esos hermosos días en que las familias ricas salen al campo, y las pobres suelen ir, una que otra vez, al cinematógrafo por las noches o a los alrededores de la ciudad los domingos.

Pero lo que era imprescindible para Juan, lo que consideraba como un deber sagrado, era que los niños hallaran adentro de sus boticinos, que les hacía colocar al pie del Niño Dios en la noche de Navidad, el anhelado obsequio, comprado por él a costa de penosos sacrificios, y que ellos, en su inocencia, creían que habían sido puestos allí por el mismo Niño Dios en persona.

Para él no había placer igual al de sentir, al amanecer, unos pasitos cautelosos que se dirigían a buscar en el modesto altarico los regalos del Niño, y luego fingir despertar sobresaltado al oír los alegres gritos de los chiquitines.

—¡Papaíto, papaíto! ¡despiértese, levántese! Mire qué lindo regalo nos hizo el Niño Dios!

—¿A ver, a ver, qué hay?

—¡Qué primorosa muñeal!

—¡Qué caballito tan lindo!

—¿Qué hora vendría el Niño?

—¿A qué quién lo hubiera visto!

—¡Ay! ¡Quién lo hubiera visto!

Para Juan no había una dicha más grande y por ese rato de felicidad proporcionado a sus hijos, daba por muy bien empleadas sus largas noches de trabajo a la luz de la vela.

Pero en una ocasión, las cosas pasaron de otro modo, y el Niño, lejos de enviar regalos, resolvió llevarse uno muy valioso. Dios sabe dar terribles pruebas a las almas buenas para aquilatarlas.

Juan y su esposa, después de hacer que los niños rezaran y que pusieran sus raídos zapatitos en el altar, les obligaron a acostarse, y salieron en el fin de dar un paseo y de traer una grande empanada de noche buena, para aumentar la sorpresa agradable de los niños y hacer más exquisito el desayuno.

Salieron en la plenitud de la felicidad, y regresaron a la plenitud de la desgracia. Pero una desgracia horrible, inmensa por lo inesperada, cruel por lo traidora.

Al acercarse alegres a su casa, se sorprendieron al ver ante la puerta multitud de personas que cuchicheaban con ademán siniestro. Avanzaban sobresaltados, oyen gritos y llantos, sienten en el rostro un humo nauseabundo, abrense paso por entre personas que les miran con compasión infinita, y penetran en su pobre estancia en donde se sienten abrazados por varios vecinos que, sollozando, les refieren al fin la horrible catástrofe.

Era que a poco de haberse retirado, la sirvienta resolvió también salir, dejando a los niños solos, creyéndoles dormidos; y éstos, al verse libres, aprovecharon la oportunidad para acercarse al altar del Niño Dios, con la esperanza de sorprenderle cuando llegara a ponerles los regalos entre los zapatitos.

La niña, con curiosidad infantil y mujeril, se arrojó de puntillas, y notando que la lámpara del altar estaba próxima a extinguirse por falta de aceite, subió sobre un asiento y tomó un frasco de petróleo para llenarla, como en varias ocasio-

nes había visto hacer a su madre; pero su movimiento precipitado hizo derramar el peligroso líquido sobre el niño que, con la vela encendida en la mano estaba al pie. Al sentirse dañado se movió también imprudentemente, y el fuego tocó su vestido empapado de petróleo. En el acto una inmensa llama envolvió al infeliz niño que, corriendo de una parte a otra y lanzando horribles alaridos, cayó al fin en la mitad del patio, en el momento en que la aterrada sirvienta llegaba a contemplar aquella hoguera quejumbrosa y movable, que alumbraba la casa con siniestros resplandores.

Al enterarse Juan de lo ocurrido, se quedó largo rato inmóvil como una estatua, una densa palidez le invadió el rostro, los ojos se le saltaron de un modo extraño, empezó a temblar como azogado, y luego le vino un arrebato horrible de furia, desesperación y gritos inarticulados, en medio de carcajadas espantosas, que helaban la sangre en las venas de los espectadores.

Así concluyeron aquel drama y la felicidad y el hogar y la vida de aquel hombre.

Después corrieron varios años, y el desgraciado vegetaba en el asilo. Al fin llegó un alegre diciembre, en que las hermanas de la caridad se preparaban a celebrar la fiesta del Niño Dios, y formaron un nacimiento en la humilde capilla del asilo. Algunos locos, entre ellos Juan, se enteraron de eso.

La vípera de Navidad logró escaparse de su celda y, ocultándose bajo el altar de la capilla, permaneció allí escondido durante los rezos y la primera parte de la noche. Mucho rato después de retirados todos los concurrentes, cuando el silencio y el sueño reinaban ya en el edificio entero, cuando se creyó absolutamente solo, salió de su escondite.

No había en la capilla sino la lámpara del Santísimo, que lanzaba rojizos parpadeos frente al altar mayor, y dos cirios que chisporroteaban ante el retablo del Niño Dios. Juan avanzó anhelante y con paso cauteloso. Sus ojos despedían extraños resplandores, el cabello largo y desordenado le caía hasta los hombros, su faz espantosamente enflaquecida tenía livideces de muerto, su vestido andrajo y descuidado dejaba ver en muchas partes su pobre esqueleto desnudo. Estaba horrible. Pero en aquella fisonomía tétrica había algo tan supremamente triste, tan hondamente conmovedor que aquella fealdad parecía bella, y una como aureola misteriosa de redención, de gloria y de consuelo le daba hermosos tintes.

Avanzó más y se detuvo ante el Niño Dios, mirándole de hito en hito largo rato. Parecía a veces como un tigre hambriento pronto a saltar sobre su víctima; luego, con la mirada encendida y con aspecto de odio implacable y cólera indecible, alzaba la enflaquecida mano, como el asesino que levanta el puñal sobre el corazón de cuya sangre tiene sed; después, como la serpiente que otea al pajarillo, se agazapaba sin dejar de mirar al Niño. Y el Niño, con sus mejillas, con sus y sonrosadas, con sus labios risueños, con sus manecitas levantadas en ademán de abrazar, parecía que clavaba también con insistencia sus ojitos azules y alegres en el loco. Y aquellas miradas, como dos aceros en refinado combate y trabadas la una en la otra, empezaron una lucha misteriosa, terrible, implacable, en medio del silencio del santuario. La mirada de vidrio de la infantil estatua parecía viva; la mirada del Niño del demente parecía muerta. La mirada del Niño tenía fulgores de cielo y esperanza; la del hombre lanzaba rayos de odio y de infierno. La mirada azul y la mirada negra luchaban en la misteriosa tiniebla de la noche.

Y los rayos de la lámpara, reflejando móviles resplandores en los ojos del Niño, les daban extraño movimiento. Parecía que parpadeaban, que se entrecerraban acariciadores, que se abrían con asombrada claridad de aurora, que se empapaban en lágrimas.

Pero esa lucha tenaz de las miradas, que duró largo rato, tenía que terminar por la victoria de una de las dos. Al fin, la sombra del loco fué perdiendo su fulgor de odio y, dulcificándose poco a poco, acabó por anublarse en llanto.

Entonces Juan, sentándose al pie del altar, se quitó del pie derecho su enorme y destrozado zapato; y luego, con inocencia infantil, lo colocó temblando sobre el blanco mantel que cubría el ara santa frente al Niño, y huyó corriendo a ocultarse en la helada celda, donde había agostado tantos años.

Eran las doce de la nochebuena, de la alegre noche en que el Niño Dios baja del cielo, para hacer regalos a seres inocentes que creen en él, a sus amiguitos los niños.

Una hermana de la caridad, que por haber notado la desaparición de Juan andaba vigilando, había visto todo tras los vidrios de la ventana de la capilla. Había sido mudo testigo de aquella escena muda.

Pero respetando la alucinación del infeliz demente, le había dejado obrar sin interrumpirle; y con llorosos ojos le dejó ir sin decir nada.

Al amanecer el día siguiente, cuando la hermana fué a abrir la capilla, halló en la puerta a Juan que, sin saludarla, entró corriendo y se lanzó hacia el altar del Niño, velozmente.

Se detuvo al pie un momento, clavó en el Niño la mirada inquieta, y luego, con temblor extraño, alargó la enflaquecida mano, cogió su zapato, y miró dentro.

—¿Qué había en él? ¿Qué vió en su fondo?

Dios lo sabe; pero el hecho es que Juan se estremeció, cayó de rodillas y, hundiendo la cabeza entre las manos, prorumpió en llanto.

Al cabo de un rato, la hermana, compadecida, resolvió acercarse y, para llevarle la idea, con su más dulce voz, le preguntó:

—¿Qué le ha traído el Niño Dios?

El loco alzó la cabeza lentamente, por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas y sus ojos brillaban con luz suave y dulce, de donde había desaparecido el horrible extravío de la locura.

—Me hizo un gran regalo—contestó dulcemente—me ha dado la razón, y me invita a descansar ya a su lado eternamente.

A la siguiente noche, al pie del altar del Niño Dios, las hermanas de la caridad velaban el cadáver de Juan, que había muerto en la plenitud de su juicio, y con esa paz de los justos con que Dios premia y consuela, en la última hora, a las almas que han merecido mucho, porque mucho han sufrido.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

Lienzo Pascual

Es un aire de fiestas

En el alba pascual;

Las rientes forestas

Cuentan un madrigal.

La montaña ¡qué linda!

La mañana ¡qué clara!

Si parece una guinda

Que nos rozca la cara.

Se ven frezos de Goya

En el tul matinal,

La mañana se enoja

De prestigio nupcial.

Se abre el bosque ¡Trina

Divino ruiseñor!

Y una diana argentina

Saluda a Don Melchor,

Y un ninífico coro

Saluda a Don Gaspar

Y en su carro de oro

Pasa Don Baltasar...

.....

Y Margarita sueña,

En su cuna halagüeña,

Que le enojan las manos

Y la cubren de rosas

Y de sedas preciosas

Los tres reyes ancianos!

OSVALDO BAZIL

De Administración

Las personas que deseen adquirir la colección de ACTUALIDADES pueden solicitarlo a los agentes de *La linterna* o bien pedirlo a la Librería de Falcó & Borrás, 7.ª Avenida Este, N.º 42, Apartado 638.

El precio de suscripción es un colón, es decir de 10 ejemplares. Pago adelantado.

Por las letras nacionales

Indudablemente los concursos literarios que *El Imparcial* suele abrir comprenden un alto estímulo para las letras nacionales.

No es que nosotros creamos que una composición premiada en un concurso tenga mayor valor que aquellas que se presentan al público sin historia y sin ejecutorias de fama. Al contrario. Los concursos a menudo son torneos de vanidades y ejercicios de pretensiones a los que no asisten sino los principiantes, alguno que otro escritor de reputación que flaquea un momento. Pero por lo mismo que son plataforma desde donde puede mostrarse la juventud desconocida que lucha contra la incredulidad reinante, por ello, decimos, resultan ser de gran utilidad.

Algunos de los jóvenes escritores nacionales habían dispuesto no enviar los esfuerzos de su imaginación al concurso que acaba de terminarse con tan feliz éxito; alegaban que la redacción de *El Imparcial* se manifestaba estrecha en cuanto a las bases sobre las cuales debía descansar el torneo, y, con justa razón, acordaron hacer el vacío al repetido certamen.

Mas, afortunadamente, a última hora convinieron en lo contrario y así pudimos ver que, después del fallo del jurado compuesto por los señores don José M. Alfaro, don Joaquín García Monge y don Rómulo Tovar, las letras patrias cuentan con unos frescos botones más que han de honrarlas debidos a plumas tan bien cortadas como la de don José Albertazzi Avendaño, o tan delicadas como la de don Rogelio Sotela.

Asimismo fué premiado don Hernán Zamora en la oda a Centro América, de lo que debemos alegrarnos mucho.

Pero de todos, los triunfos más halagüeños, para los que contemplamos esta suerte de torneos como campo de estímulo, son el de Octavio Jiménez y el de Joaquín Vargas Coto.

Octavio Jiménez es muy joven y a pesar de eso es un retirado a la vida de los libros donde da expansión a su espíritu comprensivo y meditativo al propio tiempo que afirma sus dotes mentales de suyo reposadas. Con este es el segundo premio que obtiene y aun la vanidad no logra lanzarlo de lleno hacia el precipicio de esnobismo literario. Gran frequentador de la filosofía inglesa, su prosa no es por cierto una vitrina de joyería falsa; se adorna poco, pero dice lo que quiere y lo que piensa, y piensa como un viejo encanecido en la amistad ideal de los que se han preocupado por los grandes problemas del corazón y del mundo. Mas no hay que buscar a este escritor que se inicia, en los cuantos laureados en un concurso. El que desee encontrarlo que espere a que podamos robarle y publicar los apuntes de sus observaciones íntimas; los comentarios que sabe hacer a sus libros. En esa cabeza que mira hacia el suelo y es silenciosa, está germinando ahora un pensador un poco misántropo que dará ideas fuertes como dan árboles robustos las montañas solitarias.

Joaquín Vargas Coto es un temperamento muy distinto—cómo no—pero no menos definido en sus primicias, ni menos sincero. Este muchacho viene de los campos y a pesar de

sus dieciocho años no divaga soñando en marquesas de Versalles y caballerescos chambergos de los quetanto agradan en los cromos al gusto de los mentirosos. No, su literatura tiene ardores de sol agreste, es sana como la leche recién salida de las ubres. Mas, ya que hablamos de él no le perdonemos un resposo: se descuida demasiado en la forma—defecto que también puede anotarse a Jiménez—, con lo cual resta gracia a sus cuadros. Tiene en cambio la gran virtud de no padecer de literatomanía; no lo cogen ni amarrado en los *ceduculos azules* y se ríe de los que piensan que todo el que no hace frases más o menos baratas, es un imbécil renatado. Allí seguramente está el origen de la sinceridad con que escribe, allí el secreto de la vida poderosa que transpira sus páginas.

Repita *El Imparcial* los certámenes que hasta ahora ha organizado con tan buen suceso, y ya irán reventando poco a poco artistas que merecen el aplauso y el elogio de sus coterráneos.

ARMANDO SUE DE LIS

Copla de navidad

¿Quién no recuerda por esta época la famosa copla:

La noche buena se viene,
la noche buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

¿Quién no recuerda la clásica copla de Navidad?

Los mandatarios, hombre, los mandatarios de hoy.

A ellos no les cabe ni de canto eso de *nosotros nos iremos*, y aún menos aquello de *no volveremos más*.

Afición al presupuesto, sencillamente.

Todo es relativo

En las conversaciones se comenta la imposibilidad de los diputados de la mayoría ante los agravios de palabra que les infiere la oposición; es asombrosa, en efecto, la calma que aparentan; se les dice todo lo más grave que pueden escuchar oídos humanos y ellos tranquilos en la curul, como ídolos de piedra aztecas.

No existe, sin embargo, motivo de extrañeza.

Todo es relativo y depende de la educación que se tenga. Entre ciertas castas el solo hecho de manifestar duda de lo que expone una persona origina un duelo, y, acaso, una muerte. En otras, entre arrieros, por ejemplo, suelen oírse atentados contra el honor de la madre del contrincante—caso muy común—y nada sucede.

Para los hombres que hoy gobiernan, determinados calificativos son prueba, según ellos, de que se les suma; entre otro linaje de gentes esos calificativos mismos se habrían purgado de manera trascendental.

¡Todo es relativo!

Un Centroamericano ilustre

Enrique Gómez Carrillo acaba de ser nombrado Director de *El Liberal*, de Madrid, una de las posiciones más envidiables de la península para un hombre de letras.

El nombramiento de Gómez Carrillo ha sido una verdadera sorpresa, pues las delicadezas impares de su pluma ligera jamás habían tropezado en las piedras de la política.

Cronista el más sutil que tuvo el habla española, en el criterio de José Enrique Rodó, su imaginación con perversidades de apache y de cocota, y, a la vez, con excelencias de erudito y pensador, estaba muy bien al servicio de los acontecimientos de las calles parisenses.

Ahora nos lo han quitado.

La dición de un diario tan importante como *El Liberal* podrá dar al nombre del cronista, aspecto de cosa grave y circunspeto; pero eso sí, quitará, a la postre, gloria a la vida del amable relator de los sucesos del Barrio Latino.

Gómez Carrillo, como Mimi Pinsón, como Museta, como los cancioneros era solamente del arrabal de la gran ciudad, era un encantador pillastre de la calle de San Miguel, y ahora lo disfrazan de hombre serio; posiblemente dentro de poco lo obligarán a peinar su cabellera desordenada; no es remoto el día que recibamos un retrato suyo con gafas que le den apariencia de choricero a lo Ricardo León, novelista más pesado que un aguacero en mitad de la campaña.

A Gómez Carrillo, el relator ligero como la brisa, de tonos suaves como las flores de vernadero, no a su sucederle con el nuevo nombramiento lo mismo que a esas locas galantes de larga historia que terminan por casar con un noble rico y aburrido, las cuales vuelven en la primera ocasión a los lances furtivos del *trottoir*, pobres pájaros enjaulados.

El ameno Gómez Carrillo, que tan bien habría estado cincelando empuñaduras con un orfebre florentino o prediciendo el destino de los gentiles y las cortesanas al lado de una bruja napolitana, parece algo imposible en la dirección de un periódico que se ocupa de política, y política española.

No, eso no debiera ser.

Pero como en el mundo todo anda al revés, tendremos que conformarnos.

Para el regreso del valiente

Se está preparando una fiesta que ha de celebrarse en honor de Asdrúbal Villalobos si es que algún día vuelve al calor del hogar. Entre otros números se festejará al poeta con un coro; varias señoritas de esta capital ensayan ya la música que un conocido compositor nacional hizo al soneto que costó a Villalobos el destierro. Y parece increíble lo que se ha popularizado dicha música; casi tanto como los famosos versos que ya no hay quien no los recite.

Por algo será.

LAS VÍRGENES LOCAS

Lea usted CUENTOS GRISES

Por CARLOS GAGINI

Precio: 25 céntimos — Librerías Falcó y Borrásé y frente al Correo

Librería Falcó & Borrásé

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

<i>Cuentos de una buena madre</i>	1.75
<i>Leyendas de Flandes</i>	1.75
<i>Viajes y aventuras</i>	1.75
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	1.75
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	1.75
<i>Zoología pintoresca</i>	1.75
<i>Cartin el tonelero</i>	1.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	1.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	1.50
<i>Flores y arboledas</i>	1.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.25
<i>El Kreuzer</i>	1.25
<i>Jardín para Niños, José María Zeledón</i>	0.75
<i>Fábulas de Iriarte</i>	1.25
<i>La vida es sueño</i>	1.25
<i>El Conde Lucanor</i>	1.25
<i>Hernán Cortés</i>	1.25
<i>Platero y yo</i>	1.25
<i>El Catifa cigüeña</i>	1.25
<i>El hurto sabroso</i>	0.75
<i>La voz de las campanas, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>¡Dios salve a la Reina!, Allen Upwar.</i>	0.75
<i>Minnie, A. Lichtenberger</i>	0.75
<i>Casa por alquilar, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>Nerto, Federico Mistral</i>	0.75
<i>El secreto del ahorcado, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>Manzana de anís, Francis Jammes</i>	0.75
<i>Jacobé, Joaquín Ruyra</i>	0.75
<i>Tom Sawyer, detective, Mark Twain</i>	0.75
DICENTA (JOAQUÍN)	
<i>Novelas</i>	2.00
<i>Spoiliarium</i>	1.75
<i>De piedra a piedra</i>	1.50
<i>Por Breñaña</i>	1.50
<i>Rebeldía</i>	0.75
<i>Cosas mías</i>	0.35
<i>El pasaporto amarillo</i>	0.25
<i>El Capitán Anselmo</i>	0.25
<i>Cuentos</i>	0.25
GANIVET (ANGEL)	
<i>La conquista del reino de Maya</i>	2.00
<i>Los trabajos del infatigable creador Pío Gid, 2 tomos</i>	4.00
CERVANTES (MIGUEL DE)	
<i>Don Quijote de la Mancha, pasta</i>	2.00
<i>Entremeses</i>	2.00
<i>Obras menores, 2 tomos</i>	0.70
MIRÓ (GABRIEL)	
<i>Figuras de la Pasión del Señor</i>	2.75
<i>Dentro del cercado, pasta, ilustrado</i>	2.25
<i>El abuelo del rey</i>	2.00
<i>Del huerto provinciano, pasta</i>	0.75
<i>Las cerezas del cementerio, pasta</i>	0.75
GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE)	
<i>Cultos profanos, pasta</i>	2.00
<i>Páginas escogidas, pasta</i>	2.00
<i>Literatura extranjera, pasta</i>	2.00
MARTÍNEZ SIERRA (G.)	
<i>Aldea ilusoria</i>	1.50
<i>Abril melancólico</i>	2.00
<i>El diablo se ríe</i>	2.00
RUSKIN (JUAN)	
<i>Estudios sociales</i>	1.50
<i>Munera Pulveris</i>	1.50
<i>Los pintores modernos</i>	0.60
<i>La corona de olivo silvestre</i>	0.60
<i>Las mañanas de Florencia</i>	0.60
<i>Las piedras de Venecia, 2 tomos</i>	1.10
PÉREZ MINGUEZ (FIDEL)	
<i>Legislación de Automóviles para auto-movilistas, abogados y agentes de policía</i>	2.40
<i>La casa de Cervantes en Valladolid</i>	1.75
<i>Entre pinares</i>	1.75
ZAMACOIS (EDUARDO)	
<i>El seductor</i>	1.25
<i>Sobre el abismo</i>	1.25
<i>Punto-negro</i>	1.25
<i>El hombre de hierro, Blanco Fombona</i>	0.65
<i>Muecas humanas, Bracco</i>	0.65
<i>La democracia y los hacendistas, Delaisi</i>	0.65
<i>Idola Fovi, Torres (Carlos A.)</i>	0.65

BLASCO IBAÑEZ (VICENTE)

<i>Oriente</i>	2.25
<i>Avroz y Iarhana</i>	2.25
<i>Flor de Mayo</i>	2.25
<i>La Barraca</i>	2.25
<i>Cajas y barro</i>	2.25
<i>El intruso</i>	2.25
<i>La Hodega</i>	2.25
<i>La Florida</i>	2.25
<i>La maja desnuda</i>	2.25
<i>Entre naranjos</i>	2.25
<i>Los muertos mandan</i>	2.25
<i>Luna Benamor</i>	2.25
<i>En el país del arte</i>	1.00
<i>Cuentos valencianos</i>	0.60

BENAVENTE (JACINTO)

<i>Figulinas</i>	1.75
<i>La noche del sábado</i>	0.75
<i>El dragón de fuego, pasta</i>	0.75

DIDE (AGUSTO)

<i>El fin de las religiones</i>	2.00
<i>Miguel Servet y Calvino</i>	0.65
<i>La leyenda Cristiana</i>	0.65
<i>Juan Jacobo Rousseau</i>	0.65

TOLSTOY (LEÓN)

<i>Kolstomero</i>	0.75
<i>El cadáver viviente</i>	0.75
<i>El cupón falso</i>	0.75
<i>La verdadera vida</i>	0.65
<i>La escuela Yasnaia-Poliana</i>	0.65

INGENIEROS (JOSE)

<i>La cultura filosófica en España</i>	2.25
<i>Italia</i>	0.65
<i>La simulación en la lucha por la vida</i>	0.65

ARIOSTO (LUDOVICO)

<i>Orlando furioso, pasta, tomo I</i>	1.75
---	------

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

<i>Enfermedades de la nutrición y de los riñones, por el profesor Enrique Reale, pasta</i>	1.25
<i>Ayuda memoria del mecánico electricista, por Ricardo Yesares</i>	1.00
CAMBA (JULIO)	
<i>Alemania</i>	2.00
<i>Londres</i>	2.00

VARIOS AUTORES

<i>Caracteres, La Bruyère</i>	1.25
<i>El pozo de Santa Clara, Anatole France</i>	2.00
<i>Prometeo, Ramón Pérez de Ayala</i>	2.00
<i>Juanita la Larga, Juan Valera, pasta</i>	1.00
<i>Confidencias de artistas, Carmen Burgos</i>	2.40
<i>El Paño Pardo, J. Ortega Murillo</i>	2.00
<i>La novela de las horas y de los días, M. Ugarte, pasta</i>	2.00
<i>El Cerdo: Explotación y aprovechamiento por M. Escandón: Utilísima obra industrial y comercial</i>	5.00
<i>Balada, R. Sánchez Díaz</i>	0.75
<i>Juande Kadren, por J. Schultz</i>	0.60
<i>Jocasta y el gato flojo, Anatole France</i>	2.00
<i>De un mundo a otro, Alberto Insúa</i>	2.00
<i>Las ciencias naturales, Odón de Buen, 5 tomos pasta</i>	5.00
<i>Tierra libre, por Juan Grave, pasta</i>	1.00
<i>Primeras edades de la Humanidad, G. Engerrand, pasta</i>	1.00
<i>La substancia universal, Albert Bloch y Paraf Javal, pasta</i>	1.00
<i>Astronomía popular, Camillo Flammarion</i>	0.30
<i>Cuestiones obreras, Rafael Altamira</i>	0.60
<i>La revolución de México y el imperalismo yanqui, Gonzalo G. Travese</i>	1.00
<i>De la Verdad, Emile Faguet, pasta</i>	0.75
<i>Los peregrinos de piedra, (poemas), J. H. Reissig, pasta</i>	2.00
<i>El rey Lear, (trad. de J. Benavente), Shakespeare</i>	1.50
<i>Noches Fantásticas, 2 t. por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>La Isla del Tesoro por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>La Reina de Rapa Nui, Pedro Prado</i>	1.00
<i>La ciencia del beso, V. de Saussay</i>	2.00
<i>El arte de leer, por E. Faguet</i>	1.25
<i>El tablado de Arlequin, Baroja</i>	0.65
<i>Jerusalén en Dalecarlia, Selma Lagerlöf</i>	0.75
<i>Historias de locos, Miguel Sawa</i>	0.75
<i>Ansias de vida, Luis Q. Huertos</i>	0.75
<i>Nuestras hermanas, Henry Lavedan</i>	0.75
<i>Fausto, por Ivan Turguenev</i>	0.75
<i>El silencio, Eduardo Rod</i>	0.75
<i>Apuntes de un desconocido, Fedor Dostoyevski</i>	1.50
<i>Rey en la tumba, Anthony Hope</i>	0.57
<i>La sombra de Goethe, por A. Donoso</i>	2.30
<i>Modelos de literatura, P. Agosti, pasta</i>	5.00
<i>La rebelión de los ángeles, Anatole France</i>	2.00
<i>El Dinamitero, por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>Juventud de príncipe, W. Meyer Förster</i>	0.75
<i>El maniquí de mimbre, Anatole France</i>	2.00
<i>El arte desde el punto de vista sociológico, M. Guyau</i>	3.50
<i>Triunfos nuevos, Alberto Ghiraldo</i>	2.00
<i>Remo, por A. Margarit, pasta, ilustrada</i>	1.25
<i>El olmo del psico, Anatole France</i>	2.00
<i>San Martín, Cochran, O'Higgins, Diario de su residencia en Chile (1821) y de su viaje al Brasil (1823), María Graham</i>	4.00
<i>Educación Feminista, Conferencias</i>	0.75
<i>Zalacain el aventurero, Pio Baroja</i>	0.75
<i>El tablado de Arlequin, Baroja</i>	0.65
<i>La pequeña Cady, Camila Pert</i>	2.00
<i>Estudios Jurídicos, Antonio Maura</i>	1.25
<i>El jardín de Epicuro, Anatole France</i>	0.50
<i>La Grande Illusion, N. Angell, pasta</i>	1.00
<i>Cuentos y crónicas, Carrasquilla M.</i>	1.00
<i>Vicios políticos de América, E. Pérez</i>	1.50
<i>Los Roquevillard, H. Bordeaux, pasta</i>	1.00
<i>La Guerra. Los misterios del espionaje, nor F. Mota</i>	1.75
<i>La Escuela Moderna, F. Ferrer, pasta</i>	1.25
<i>El Socialismo y la Religión, F. Engels</i>	0.60
<i>Fausto, W. Goethe</i>	1.25
<i>Varias historias, Machado de Assis, p. Preludios de la Lucha, por F. Pi y Arsuaga, pasta</i>	1.25
<i>El niño y el adolescente, M. Petit, pasta</i>	1.25
<i>Las aventuras de Nono, Juan Grave, p.</i>	1.25
<i>El origen de la vida, J. M. Pargame, p.</i>	1.25
<i>Correspondencia escolar, pasta</i>	1.25
<i>Emigración, por Alfonso de Vienne</i>	0.60
<i>El caso Leavenworth, A. K. Green, 2 t., pasta</i>	1.50
<i>Su Majestad, Henri Lavedan</i>	0.75
<i>Las rocas blancas, Eduardo Rod</i>	0.75
<i>Hernán Cortés y la epopeya de Anahuac, Carlos Pereyra</i>	2.00
<i>La enjuta, Victor Catalá</i>	2.60
<i>La bella dormida en el bosque, François de Nion</i>	0.75
<i>El señor de Haldberg, A. de Hedenstjerna</i>	0.75
<i>Ernestina, Prudencio Bertrana</i>	0.75
<i>Boda oficial, por R. H. Savage</i>	0.75
<i>Culpable, W. Le Queux</i>	0.75
<i>El lunar, Alfredo de Musset</i>	0.75
<i>Por la vida, J. Pous y Pagés</i>	0.75
<i>El refugio, por Stevenson y Osbourne</i>	0.75
<i>Atuas en pena, Bjornstjerne Björnson</i>	0.75
<i>Erótica, B. Morales San Martín</i>	0.75
<i>Relato de un Nihilista, Anton Tchekov</i>	0.75
<i>Mergy el hugonote, Próspero Merimee</i>	0.75
<i>La novela de la Momia, Teófilo Gautier</i>	0.75
<i>Hipólita en la montaña, Mauricio Hewell</i>	0.75
<i>El zapatero y el Rey, José Zorrilla</i>	0.75
<i>El hombre de mundo, Ventura de la Vega</i>	0.75
<i>El recluta, Erkmann-Chatrian</i>	0.75
<i>El puñal del godo, José Zorrilla</i>	0.75
<i>Fabian Airon, J. Pérez Bojart</i>	0.75
<i>Un estadista argentino, Alfonso de Sola</i>	2.00
<i>El espada montes, Franck Harris</i>	0.75
<i>La guerra actual, Alfonso de Sola</i>	2.00
<i>La vida en los conventos y seminarios, Luis Astrana Marin</i>	2.00
<i>Poesías completas, J. S. Chocano</i>	2.00
<i>Cómo haremos la revolución, E. Pataud y E. Pouget, 2 t.</i>	1.20
<i>El primo Basilio, Eça de Queiroz, 2 t.</i>	1.20
<i>Filosofía zoológica, Juan Lamarck</i>	0.60
<i>La ciudad de los locos, Juan José de Soiza Reilly</i>	1.50
<i>La cortesana de Alejandría, A. France</i>	0.65